

LA CREACIÓN DE VALOR COMO FACTOR DE CAMBIO GLOBAL: CONSTRUIR SOCIEDADES SOSTENIBLES Y RESILIENTES

Daisaku Ikeda

Presidente de la Soka Gakkai Internacional

En esta nueva conmemoración del 26 de enero, día de la fundación de la Soka Gakkai Internacional (SGI), quisiera analizar algunas propuestas para encauzar la corriente del siglo XXI hacia una perspectiva de mayor esperanza, paz y solidaridad, que nos permita construir una sociedad global sostenible donde cada individuo pueda expresar el brillo de su dignidad inherente.

El año pasado se produjeron algunas transiciones alentadoras; entre ellas, ciertas señales de recuperación de la economía mundial y una tendencia general a la reducción del gasto militar. Con todo, diversos conflictos internos e internacionales dieron lugar a crisis humanitarias de gravedad considerable. Al mismo tiempo, varias regiones del mundo fueron afectadas por desastres naturales y fenómenos meteorológicos extremos que ocasionaron enorme sufrimiento a la población.

Una de las graves inquietudes que hoy mantiene en vilo a la humanidad es la prolongada guerra civil que divide al pueblo sirio, conflicto que acaba de entrar en su cuarto año de acción bélica. Las luchas sangrientas han empujado a más de 2,3 millones de personas a buscar refugio en otros países, mientras que en el propio territorio sirio ya hay 6,5 millones de desplazados internos.¹ Es imperioso acordar el alto el fuego inmediato, para que la ayuda humanitaria pueda llegar a los más necesitados y comiencen las negociaciones orientadas a la resolución pacífica del conflicto.

En noviembre del año pasado, Filipinas sufrió el tifón más potente y destructivo del que se tengan registros en el mundo, con un saldo superior a los seis mil muertos y a los cuatro millones de evacuados.² En vista de estos hechos, la comunidad internacional debe ampliar y mejorar su respuesta ante las crisis humanitarias, con el doble propósito de prevenir el agravamiento de las condiciones y llevar ayuda a los refugiados y a las víctimas.

La incidencia cada vez mayor de desastres y de emergencias meteorológicas registrada en los años recientes, sumada al reto de mejorar la respuesta, ha despertado una creciente preocupación por fortalecer la resiliencia de las sociedades humanas; es decir, preparar mejor a las comunidades para sobrellevar amenazas, gestionar crisis y facilitar su recuperación.

La resiliencia, por supuesto, es un término que originalmente deriva de la Física para describir la elasticidad con que un material recupera su forma original tras ser sometido a tensiones externas. Por analogía, el término ha llegado a ser utilizado en diversos ámbitos para expresar la capacidad social de

recuperación en escenarios caóticos, como las crisis económicas o los desastres ambientales. En el caso de las calamidades naturales, mejorar la resiliencia significa incrementar el espectro total de capacidades: desde las gestiones para prevenir y mitigar daños, hasta las medidas de asistencia a damnificados y de apoyo a los procesos de recuperación, que en general son largos y laboriosos.

Con este fin, no puede soslayarse la importancia indudable de las políticas y respuestas institucionales, en especial las que se orientan a fortalecer la resistencia sísmica de las estructuras edilicias y a renovar la infraestructura obsoleta. Pero el factor humano es fundamental en la misma medida. En sus viajes a diversas regiones del mundo, los autores norteamericanos Andrew Zoll y Ann Marie Healy han observado que allí donde existía una firme resiliencia social también había comunidades sólidas.³

Es necesario reconocer la importancia de fomentar en la acción cotidiana el «capital social» representado por las interconexiones y redes que unen a los residentes de una localidad. Más que en ninguna otra cosa, la clave estriba en la voluntad y en la fuerza vital de las personas que integran una comunidad.

A propósito de esto, la resiliencia es uno de los temas que estoy analizando en mi diálogo actual con el profesor Kevin P. Clements, activista y destacado investigador en Estudios sobre la Paz. Ambos coincidimos en que no basta con responder a los hechos consumados, como cuando ocurren desastres naturales; si hemos de tomar en cuenta la advertencia de las Naciones Unidas, es necesario efectuar cambios en las bases de la sociedad, como abandonar una cultura de guerra en favor de una cultura de paz.

Para usufructuar las inmensas posibilidades que ofrece la resiliencia, primero debemos ampliar y replantear nuestra comprensión del concepto; en otras palabras, dejar de ver la resiliencia como una mera capacidad de preparación y de respuesta ante las amenazas. Antes bien, es una facultad orientada al desarrollo de un futuro esperanzador, sustentada en el deseo natural del ser humano de trabajar en colaboración para lograr metas comunes y de medir los avances de manera tangible. Desde este punto de vista, la resiliencia debe interpretarse como un aspecto integral de la creación del futuro, entendido como el proyecto mancomunado que involucra a toda la humanidad y da cabida a todos los individuos, para trazar los sólidos cimientos de una sociedad global sostenible.

Cuando pienso en este reto, recuerdo las palabras del gran historiador contemporáneo Arnold J. Toynbee (1889-1975): «No estamos condenados a repetir la historia; a través del esfuerzo personal, tenemos abierta la posibilidad de dar a la historia, en nuestro caso, un giro nuevo y sin precedentes».⁴

Para mí, este es el desafío de crear valor: el proceso mediante el cual cada uno de nosotros, en su propio ámbito de actividades, procura crear ese valor propio y único que está en posición de aportar, en beneficio de sus congéneres, de la sociedad y del futuro.

En ocasión de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible, celebrada en 2002, insistí en que la clave para asegurar un proceso global efectivo de cambio y de empoderamiento consistía en rescatar y revalorizar el humanismo; es decir, en transformar y activar la capacidad interior del ser humano.

Ese proceso, que en la SGI se denomina «revolución humana», plantea el empoderamiento como el desarrollo de las infinitas posibilidades de cada individuo. En tal sentido, el significado pleno de la revolución humana no se llega a apreciar totalmente cuando el cambio se limita al mundo interior. Por el contrario, la

esperanza y la valentía que surgen de esa transformación íntima deben permitir a las personas afrontar y superar incluso la realidad más adversa; hablamos aquí de un proceso creador de valor que, en última instancia, se traduce en el cambio social. La acumulación sostenida de cambios en el nivel del individuo y en el nivel comunitario despeja el camino para que la humanidad pueda superar los retos globales que la afligen.

En la misma medida en que se expande este proceso de transformación colectiva, vuelven a sonreír las personas que antes vivían agobiadas por el sufrimiento. Cada individuo que amplía sus recursos y despliega sus enormes posibilidades siente el deseo de unirse solidariamente a otros para confrontar los problemas del mundo. El principal reto de la creación de valor es tender puentes entre lo micro y lo macro, entre lo individual y lo social, de manera tal que refuercen un cambio positivo en ambos niveles.

En esta propuesta, desarrollaré tres ejes de la creación de valor que, a mi entender, permiten no solo fortalecer la resiliencia social sino también avanzar hacia una sociedad global sostenible:

- La creación de valor que toma siempre la esperanza como punto de partida(.)
- La creación de valor generada por personas que trabajan juntas para resolver problemas(.)
- La creación de valor que nos invita a poner en juego lo mejor de cada uno de nosotros.

La creación de valor que toma siempre la esperanza como punto de partida

El 2 de abril de 2013, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó el histórico Tratado sobre el Comercio de Armas (ATT, en inglés). Este instrumento, que regulará el comercio internacional de armas convencionales —desde armas ligeras hasta tanques, aviones de combate y buques de guerra—, es el primer pacto vinculante de alcance mundial sobre comercio de armas.

Una vez más, la labor concertada y unida de las organizaciones no gubernamentales (ONG) desempeñó un importante papel en el proceso que condujo a la firma del tratado, como ya había sucedido con la Convención sobre la Prohibición de Minas Antipersonal y con la Convención sobre Municiones en Racimo. Estos inspiradores ejemplos nos muestran que, cuando la sociedad civil trabaja en conjunto en pos de metas claras, es posible dar a la historia «un giro nuevo y sin precedentes».

En las últimas décadas, he planteado reiteradas veces la necesidad de crear un marco internacional que regule el comercio de armas. En tal sentido, deseo fervientemente que el Tratado sobre el Comercio de Armas se reglamente y aplique lo antes posible.

La proliferación y la compraventa de armas en forma irrestricta han contribuido a cometer atrocidades indescriptibles y graves violaciones de los derechos humanos. Los conflictos bélicos, la agitación social y los actos violentos siguen asolando nuestro planeta, perpetrados por grupos armados o por el crimen organizado; día tras día, incontables personas pierden la vida o sufren graves daños físicos y mentales.

Hace dos años, un hombre del régimen talibán disparó en la cabeza a la joven Malala Yousafzai por defender públicamente la educación de las jóvenes en su Pakistán natal. Sobrevivió a sus gravísimas heridas y se recuperó milagrosamente; desde entonces, no ha dejado de abogar por los derechos de la mujer y la

educación de las niñas. En el discurso que dio el 12 de julio del año pasado en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, expresó su determinación inamovible con estas palabras:

Nada ha cambiado en mi vida, excepto que la debilidad, el miedo y la desesperanza han muerto. La fuerza, el poder y el valor han nacido. [...] Yo soy la misma Malala. Tengo las mismas aspiraciones, los mismos anhelos, los mismos sueños.⁵

Pese a las amenazas continuas que recibe, Malala persevera inspirada en el fervoroso deseo de que incontables mujeres y niñas víctimas de abusos, represión y violencia se atrevan a ponerse de pie y a hablar por sí mismas.

Cuando las personas se ven expuestas a diversas calamidades —es decir, a peligros imprevistos como los desastres naturales y las crisis económicas, o a flagelos persistentes como la represión política o las violaciones a los derechos humanos— corren el riesgo de sucumbir a la desesperanza, vencidas por el peso agobiante del miedo, la pesadumbre o el dolor. Sin embargo, si renunciamos a la esperanza y nos dejamos paralizar por la impotencia, no solo permitiremos que continúe la crisis, sino que, inadvertidamente, contribuiremos a expandir problemas similares en otros ámbitos.

El psicólogo austríaco Viktor E. Frankl (1905-1997), conocido por su libro *El hombre en busca de sentido* —donde narró sus experiencias en los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial—, afirmó que el sufrimiento adquiriría sentido cuando se sobrellevaba en bien de los demás o de algún propósito superior. Solo entonces encontraba en nuestro interior esa luz de humanismo con la cual disipar la oscuridad del desaliento.⁶ Lo importante —recalcaba— es nuestra actitud y la forma en que enfrentamos los crueles golpes del ineludible destino; hasta nuestro último aliento, los seres humanos conservamos la capacidad de descubrir y aprehender el sentido de la existencia.⁷ Frankl llamó «valor actitudinal» (*Einstellungswerte*) a esta respuesta del sujeto que hace valer sus recursos espirituales ante la adversidad.

En otras palabras, si alguien es capaz de sobrellevar las aflicciones y las pruebas más terribles sin perder la fe en el sentido de la vida, su actitud puede convertir una tragedia personal en un triunfo para todo el género humano. Esta es la tarea de crear valor.

Malala Youzafzai:

Malala Youzafzai nació el 12 de julio de 1997 en Mingora, Pakistán. En su niñez, defendió la educación para las jóvenes de su país, confrontando al régimen talibán que había revocado los derechos de la mujer. A raíz de su postura, el régimen emitió una amenaza de muerte contra la joven; el 9 de octubre de 2012, Malala fue atacada por un hombre mientras regresaba de la escuela.

El 12 de julio de 2013, cuando cumplía dieciséis años, se dirigió a la Asamblea de la Juventud de las Naciones Unidas con esta declaración: «Tomemos nuestros libros y nuestros lápices. Son nuestras armas más poderosas. Un niño, un profesor, un libro, un lápiz pueden cambiar el mundo. La educación es la única solución». Ese mismo año fue nominada para el Premio Nobel de la Paz.

Mientras Frankl luchaba por sobrevivir a los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial, el fundador y primer presidente de la Soka Gakkai, Tsunesaburo Makiguchi (1871-1944), era arrestado y encarcelado por negarse a aceptar el control ideológico del gobierno militarista japonés. Si consideramos la luz que este valor actitudinal proyecta sobre las capacidades del espíritu humano, vemos que la idea de Frankl tiene mucho en común con el pensamiento de Makiguchi, quien postuló que el propósito de la educación era cultivar lo que él denominó «valor de la personalidad» (*jinkaku kachi*).

El término «Soka» —creación de valor— deriva del título de la obra magna de Makiguchi, *Soka kyoikugaku taikei* (El sistema pedagógico de la creación de valor), que el año entrante (2015) celebrará el octogésimo quinto aniversario de su publicación. La palabra «Soka» surgió, de hecho, a partir de un intercambio entre Makiguchi y su estrecho colaborador, colega y discípulo Josei Toda (1900-1958), quien al término de la guerra asumió la conducción de la Soka Gakkai.

Makiguchi describía el valor de la personalidad como el rasgo que permite a un individuo ser apreciado y requerido en épocas de dificultad o de crisis, aun cuando en otras circunstancias su presencia no sea objeto de especial atención. Esta clase de personas invariablemente actúan como una fuerza unificadora de la sociedad.⁸

El ex presidente sudafricano Nelson Mandela, recientemente fallecido [en diciembre de 2013], encarnó ese valor de la personalidad al que se refirió Makiguchi. Aunque fue recluido por oponerse al infame sistema de discriminación racial conocido como *apartheid*, su vida fue un faro de bravura y de esperanza para los pueblos de todo el mundo.

En los veintisiete años que pasó privado de la libertad, y de los cuales emergió como un triunfador espiritual, hubo períodos de desesperanza casi extrema. En determinado momento, le informaron que su madre había muerto; al poco tiempo, supo que habían detenido a su esposa y que su hijo mayor había muerto en un «accidente». Sin embargo, ni siquiera en esas circunstancias tan extremas se dejó vencer. En una carta dirigida a uno de sus amigos, escribió: «La esperanza es un arma poderosa, incluso cuando es lo último que nos queda».⁹

Años después, cuando nació su nieta, la llamó Zaziwe, que significa «esperanza»; la esperanza que jamás lo abandonó durante sus diez mil días de encierro forzoso. Al respecto, dijo tiempo más tarde: «Estaba convencido de que aquella niña sería parte de una nueva generación de sudafricanos para los que el *apartheid* no sería más que un vago recuerdo. Aquel era mi sueño».¹⁰ Juró luchar y resistirlo todo tenazmente, hasta ver su sueño hecho realidad.

Recuerdo entrañablemente las dos veces que tuve el privilegio de dialogar con el presidente Mandela; en ambas ocasiones, reflexionamos sobre las formas de construir una sociedad donde todos seamos tratados con dignidad y respeto. Este era un ideal que ambos abrigábamos en lo más hondo del corazón, cada uno desde su lugar y misión en la vida. Algo que me impresionó particularmente fue la firmeza con que me aseguró que la abolición del *apartheid* —un hito que abrió nuevos horizontes en la historia— no fue una proeza que él hubiera logrado en forma individual, sino la culminación del esfuerzo valiente de

incontables personas. Creo que esta convicción se expresa en las siguientes palabras del discurso que dio en mayo de 1994, inmediatamente antes de que se anunciara su elección como presidente de Sudáfrica:

Habéis mostrado un tranquilo y paciente empeño en reclamar este país como vuestro, y ahora podemos proclamar jubilosamente a voz en cuello: “¡Al fin libres! ¡Al fin libres!”». ¹¹

Me atrevo a decir que las cualidades encarnadas por el presidente Mandela representan esa esperanza que se origina en el valor de la personalidad; es decir, un atributo que no es exclusivo de ciertos individuos extraordinarios, sino que cualquier persona puede desarrollar. Por su parte, Frankl mostró en sus acciones la esperanza del valor actitudinal: la capacidad de elegir y experimentar el sentido de la existencia aun en las circunstancias más extremas, hasta el último instante de la vida. El desafío de crear valor remite a estas dimensiones de la esperanza y, a la vez, está permeado de ellas.

El poder de la esperanza

La filosofía budista que practican los miembros de la SGI —específicamente, la que postuló el reformador budista Nichiren (1222-1282) en el siglo XIII— exhorta a vivir con una clara conciencia de propósito, que bien podría enunciarse como la dedicación a cumplir un profundo juramento. Alienta a considerar el entorno inmediato como el escenario donde cada uno debe cumplir su misión en la vida, aun en presencia de graves dificultades, y a escribir narraciones personales que den origen a una esperanza duradera.

Esta es la forma de vivir y de percibir la existencia que enseñó Nichiren a sus seguidores. Aun sujeto a las constricciones políticas y sociales del Japón feudal, en plena Edad Media, proclamó el derecho inviolable a la libertad espiritual con palabras como estas: «Aunque, por haber nacido en los dominios del gobernante, muestre que lo obedezco en mi forma de actuar, jamás lo obedeceré en mi fuero interno». ¹²

En esa época, la sociedad japonesa vivía a merced de diversas catástrofes naturales que se sucedían una tras otra: terremotos y tifones de magnitud, sumados a hambrunas y epidemias; además de cobrar un elevado precio en vidas humanas, estos desastres sumían a la población en un estado de hondo pesar. Decidido a aliviar esa angustia, Nichiren formuló varias advertencias a las autoridades del régimen militar que dirigía el país, exhortándolas a rectificar sus ideas erróneas y su enfoque distorsionado de gobernación.

Como resultado de esta firme resistencia, Nichiren sufrió ataques armados, fue sentenciado a muerte y sobrellevó dos exilios. Sin embargo, como reflejan sus palabras —«Ni una sola vez pensé en retroceder»—, ¹³ no arrojó ante las hostilidades y jamás capituló en su lucha por aliviar el sufrimiento del pueblo.

En la época en que vivió Nichiren, los japoneses se hallaban al borde de la desesperanza como consecuencia de las calamidades que asolaban el territorio; en este contexto, la gente había terminado por depositar su fe en tres grandes corrientes de pensamiento sobre la existencia humana. Estas doctrinas fomentaban en los practicantes el escapismo, la negación o la sumisión pasiva al destino. Nichiren condenó la

futilidad de estas respuestas, a la vez que extendió su aliento más solidario y compasivo al pueblo que sufría, pidiéndole que fuera «como la persona que cae al suelo, pero se incorpora empujándose sobre esa misma tierra [en la cual cayó]». ¹⁴ Trató de concienciar a cada persona acerca de su enorme fuerza intrínseca para superar incluso la adversidad más tremenda.

La primera de estas corrientes que rebatió Nichiren proponía un enfoque escapista de la realidad, pues guiaba a la gente a pensar que la iluminación existía en un mundo distante y separado de su adversa circunstancia cotidiana. Nichiren, en cambio, enseñó que el sitio donde debemos confrontar la realidad y transformar nuestra vida es el preciso lugar donde estamos en este momento. «No existen, en sí mismas, una tierra pura y otra impura; la diferencia sólo reside en el bien y el mal que hay en nuestro interior». ¹⁵

La voluntad de asumir y resolver los problemas despierta en la vida humana la facultad innata de convertir un lugar trágico en el escenario sobre el cual cumplir nuestra misión. Nichiren alentó a sus seguidores a vivir enfrentando la adversidad; de esa manera, con su valiente ejemplo, podrían insuflar esperanzas a otros que pasaban por similares aflicciones.

La segunda forma de pensar que refutó Nichiren fue la que alentaba a las personas a negar la realidad. Esto producía una actitud de distanciamiento e indiferencia que encerraba a la gente en su mundo interior y la aislaba de las injusticias que ocurrían en el mundo real.

Es cierto que, en algunas escrituras budistas, Shakyamuni (c. 560-80 a. C.) expuso ciertas formas de distanciamiento ante los apegos mundanos que alimentaban el sufrimiento y la ilusión. Pero estas prácticas se postularon como «medios conducentes» para mitigar temporalmente la angustia de las personas; desde la perspectiva de Nichiren, eran enseñanzas provisionales que no representaban de manera cabal la intención de Shakyamuni. Por ende, cuando Nichiren explicó el pasaje del capítulo «El *bodhisattva* Rey de la Medicina» del *Sutra del loto* que dice: «[Este *sutra*] puede hacer que todos los seres se liberen del sufrimiento y de la angustia», ¹⁶ propuso que «liberarse» debía interpretarse como «percibir la verdadera naturaleza». ¹⁷

Evitar o dejar de pensar en los problemas actuales, como si estos no existieran, no solo posterga la inevitable necesidad de resolverlos en algún momento futuro, sino que además los agrava aún más. Nichiren, en cambio, enseñó a vivir enfrentando los aspectos dolorosos de la realidad, identificando la raíz de las causas y buscando los mejores medios para solucionarlas. Creía que a partir de esta actitud responsable se podía construir una sociedad feliz y pacífica incluso mucho más que antes de que se produjeran las calamidades.

La tercera forma de pensar que Nichiren denunció con enfoque estricto fue la que inducía a la gente a aceptar la realidad con resignación sumisa y pasiva, como si el *statu quo* —incluso en sus aspectos más inadmisibles e injustos— fuese algo imposible de modificar. A la hora de condenar esta mentalidad, sostuvo que las personas eran capaces de desplegar una tremenda fortaleza interior, directamente proporcional a la confusión y las dificultades que tenían por delante.

Lo explicó utilizando la analogía de la flor de loto, que derrocha belleza y fragancia en medio de un sucio estanque: así como el loto se eleva impoluto en aguas turbias y fangosas, del mismo modo los seres humanos tienen el poder de despertar un potencial insospechado, aun mientras luchan a brazo partido contra

las dificultades cotidianas. El acto de comprometerse con la realidad, enfrentar sus contradicciones y lidiar con los problemas, uno por uno, nos permite transformar estas vivencias en un nutriente que revitaliza nuestra capacidad de vivir. Nichiren inspiró a sus seguidores a vivir irradiando valor humano, como verdaderos soles de esperanza, y a generar cambios significativos en la sociedad.

**El Sutra del loto y los
Bodhisattvas de la Tierra:**

Se cree que el Sutra del loto fue compilado entre los siglos I y II. Este texto, asentado en forma escrita después de la muerte de Shakyamuni, fundador histórico del budismo, contiene las enseñanzas orales de los últimos años de su vida. Al igual que muchas otras escrituras del Mahayana, el Sutra del loto se difundió a través de la "ruta septentrional" de la propagación budista y llegó a China en el siglo III. Uno de los temas centrales de esta enseñanza es la idea de que todas las personas poseen la naturaleza de Buda por igual.

Los Bodhisattvas de la Tierra, según describe el sutra, son "una multitud colosal de bodhisattvas [...] que han irrumpido de la tierra", a quienes Shakyamuni les confía la propagación del Sutra del loto en la época posterior a su muerte. Aparecen por primera vez en el capítulo 15.º del texto de referencia y denotan a quienes, encarnando cualidades como la sabiduría, la valentía y el amor compasivo, se esfuerzan sin cesar por la felicidad de sus semejantes.

En nuestro mundo actual existe la tendencia a apartar los ojos de todo aquello que aflige y angustia; esta tendencia parece ser tanto más pronunciada cuanto más graves o acuciantes son los problemas. Por ejemplo, aun quienes comprenden la amenaza que representan las armas nucleares contra la humanidad, o los peligros de la destrucción ambiental, aceptan estos males sin intentar resolverlos, convencidos de que su esfuerzo personal no servirá de nada.

Para romper los grilletes de la negación, la impotencia y la apatía, nada es tan necesario como una profunda conciencia de la misión, y un juramento personal que se traduzca en acciones comprometidas. Esta fue la idea que el presidente Mandela planteó a lo largo de toda su gesta. En su autobiografía, nos exhorta de este modo: «Los hombres, en mi opinión, no son capaces de no hacer nada, de no decir nada, de no reaccionar ante la injusticia, de no protestar contra la opresión, de no luchar por una sociedad y una vida justas, tal y como ellos las entienden».¹⁸ Este mismo sentimiento reflejan las palabras con que la doctora Wangari Maathai, fundadora del Movimiento Cinturón Verde, formuló el juramento que guió todas sus iniciativas: «La misión que se nos plantea es ayudar a la Tierra a curar sus heridas».¹⁹

La imagen de las flores de loto que crecen en el agua estancada se utilizó en el *Sutra del loto* para describir la aparición de los *Bodhisattvas* de la Tierra. Precisamente, ellos habían jurado a Shakyamuni trabajar toda su vida en bien de la gente doblegada por la desesperanza, y habían elegido, en forma voluntaria, nacer

en épocas de caos y de inestabilidad social para cumplir cabalmente esa misión.

Vivir toda la existencia dedicados a realizar el propio juramento es muy distinto de vivir pasivamente esperando que otros tomen la iniciativa o ansiando que las cosas cambien por sí solas. Ese juramento tampoco es una promesa que se olvida o se retira cuando las condiciones se vuelven difíciles. Antes bien, es prueba de que estamos viviendo de manera significativa; es un propósito que pone en juego todo nuestro ser y se mantiene aun ante las peores dificultades o tribulaciones, por mucho que nos lleve cumplirlo.

Los miembros de la SGI aspiran a vivir como *Bodhisattvas* de la Tierra. Esto indica una existencia dedicada a cumplir un compromiso personal, aspecto que Nichiren identificó como elemento esencial de la práctica budista. El esfuerzo por cumplir ese juramento nos permite desplegar nuestra fortaleza interior y crear valor positivo incluso en las circunstancias más difíciles. Esta forma de vivir también significa ponernos al lado de aquellos que sufren, procurando la felicidad propia y ajena en un contexto de aliento y apoyo mutuos.

En el nivel colectivo y como representante de la sociedad civil, la SGI ha venido apoyando sin descanso la labor de las Naciones Unidas, en respuesta a los numerosos problemas globales que necesitan urgente consideración. En diciembre de 1989, durante una reunión con los subsecretarios de la ONU Rafiuddin Ahmed y Jan Mårtenson, expresé de este modo la lógica que motiva nuestras actividades en apoyo de este organismo supranacional:

La filosofía budista enseña la paz, la igualdad y el amor humanitario; por lo tanto, es afín con el espíritu de las Naciones Unidas. Para nosotros, entonces, resulta inevitable extender nuestro apoyo a la ONU. Cualquier otra actitud sería traicionar nuestra misión como practicantes budistas.²⁰

En general, las metas y visiones de alcance universal no logran concretarse en una sola generación ni en los años de vida de un individuo. No obstante, como enseña la lucha del presidente Mandela y de la doctora Maathai, quienes viven con sentido de la misión, fieles a un firme juramento, siguen inspirando a otros incluso después de la muerte. La existencia de estas personas resplandece como ejemplo para la posteridad y genera respuesta en muchos otros que siguen sus pasos. Basado en este mismo principio, Nichiren exhortó con estas palabras a sus discípulos para que triunfaran sobre la adversidad: «¿Acaso podría haber una historia más espléndida que la de ustedes, que será relatada por las generaciones futuras?».²¹

El cimiento de la lucha por crear valor yace en el poder de la esperanza, que está al alcance de cualquier individuo—incluso en las peores circunstancias—, y puede inspirar a las generaciones presentes y futuras. Estoy convencido de que esa fuerza de la esperanza será la plataforma sobre la cual unir nuestras capacidades y fortalezas para afrontar las graves amenazas y los problemas que la humanidad tiene por delante. Y, a la vez, será el puente que nos conducirá a una sociedad donde todos podamos convivir armoniosamente y gozar de la vida en paz.

La creación de valor generada por personas que trabajan juntas para resolver problemas

El segundo aspecto de la creación de valor que quisiera considerar es su capacidad de unir a las personas para resolver problemas de manera conjunta.

Las investigaciones recientes sobre la naturaleza de la resiliencia han puesto de manifiesto diversos factores. Zolli y Healy, por ejemplo, describen así sus hallazgos:

A la hora de enfrentar y resolver escenarios de perturbación, [vimos que] las comunidades resilientes solían recurrir [...] a las redes informales, construidas sobre la base de una profunda confianza. Los esfuerzos destinados a imponer resiliencia desde arriba a menudo fracasan, pero cuando esas iniciativas se sustentan genuinamente en los vínculos que nutren la vida cotidiana de la gente, la resiliencia fluye de manera natural.²²

Sin embargo, la dificultad está dada por la erosión constante del capital social —es decir, el entramado de lazos e interrelaciones humanas—; justamente ese es el ámbito necesario para crear y expandir redes, sostenidas en la profunda confianza que une a las personas en el contexto de su vida cotidiana. En tal sentido, constituye una barrera de protección crucial, sin la cual los sujetos se exponen directamente a las consecuencias de los desafíos y las amenazas que penden sobre la sociedad en su conjunto. En ausencia de este capital social, cuando las personas se ven obligadas a afrontar tales retos en soledad, suelen responder con aislamiento y desesperanza, o bien con la fría determinación de anteponer su bienestar personal.

El filósofo y economista Serge Latouche ha expuesto la necesidad de crear una sociedad más humana (*une société décente*), que ayude a restablecer la dignidad de los que han quedado atrás en la despiadada competencia económica que mantiene en vilo al mundo. Con este propósito, propugna el valor de una ética de la convivencia: el placer primordial que brinda la compañía de los otros.²³

En las enseñanzas budistas se encuentra una frase que tiene mucho en común con este concepto: «Alegría» denota el júbilo que uno comparte con los demás.²⁴ La visión que debemos situar en el centro de la sociedad contemporánea es la de una pluralidad humana donde la dicha sea compartida por todos, donde el mundo construido se distinga no tanto por el frío brillo de la riqueza, sino por la cálida luz de la dignidad; un mundo de empatía que rehúse absolutamente abandonar a las personas que más sufren.

Imprimir tales cambios a la sociedad será difícil en cualquier circunstancia y quizá hasta parezca imposible, en vista del debilitamiento que experimentan los lazos entre las personas en todos los niveles. En mi opinión, para superarlo debemos reafirmar nuestra confianza en la naturaleza esencial de la sociedad humana. Tal vez nadie lo haya expresado mejor que el doctor Martin Luther King (h) (1929-1968) en el contexto de su lucha por la causa de la dignidad humana:

Estamos todos atrapados en una red inevitable de mutualidad, sujetos a un único destino. [...] Hemos sido creados para vivir juntos.²⁵

El concepto budista del «origen dependiente» ofrece interesantes paralelismos con este alegato del doctor King. Por débiles que puedan parecer nuestros lazos en la superficie, lo cierto es que el mundo está sostenido por una profunda trama de vínculos que ligan cada vida con todas las demás. Y en virtud de esta

red de conexiones, en cualquier momento tenemos la posibilidad de iniciar, con nuestros actos individuales, una onda expansiva de efectos positivos que se extiendan a todo el espectro de nuestras interrelaciones.

La escritora Rebecca Solnit, quien ha viajado a sitios afectados por desastres en todo el mundo, declara que «en la mayoría de nosotros existen constelaciones de solidaridad, altruismo e improvisación, que afloran en momentos cruciales. La persona sabe qué hacer ante una catástrofe».²⁶ La pregunta clave, entonces, es: ¿cómo ayudar y alentar a la gente a emplear tales capacidades latentes, no solo en épocas de crisis, sino también en los procesos normales de su vida cotidiana?

En abril de 2012, la señora Solnit fue entrevistada por el *Seikyo Shimbun*, el diario que publica la Soka Gakkai en Japón. En ese reportaje, citó las siguientes condiciones que, ante situaciones de calamidad, fomentan la intervención de la gente en actividades de apoyo mutuo: «Los individuos deben sentirse parte de una comunidad; deben sentir que tienen voz, que pueden ser agentes y que disponen de un espacio de participación».²⁷

Estas condiciones, a su vez, son fundamentales para hacer surgir —tanto en épocas de crisis como en su ausencia— esa faceta de la humanidad que mencionó el doctor King cuando dijo que estábamos hechos para vivir juntos. En efecto, todas ellas permiten crear y expandir espacios solidarios de acción orientados a la resolución de problemas.

En este punto recuerdo un intercambio entre el segundo secretario general de las Naciones Unidas, Dag Hammarskjöld (1905-1961), y su viejo amigo, el escritor norteamericano John Steinbeck (1902-1968). Cuando, en el transcurso de una cena, Steinbeck le preguntó a Hammarskjöld qué podía hacer para apoyarlo a él y a las Naciones Unidas, este último respondió: «Siéntate en el suelo y habla con la gente. Eso es lo más importante».²⁸

Para mí, estas palabras encarnan el espíritu de ese hombre valiente, que trabajó sin flaquear ni temer a las dificultades por dar respuesta a los conflictos del mundo, y que hasta el día de hoy sigue siendo venerado como la conciencia de las Naciones Unidas. Es más, este intercambio tuvo lugar semanas antes de que Hammarskjöld muriera en un accidente aéreo, cuando se dirigía al Congo a negociar una tregua.

En la aparente sencillez de su respuesta, palpita la convicción de que, así se trate de los problemas de las Naciones Unidas o de cuestiones mundiales, el camino más largo comienza con un solo paso. Ese paso es entablar un diálogo franco con las personas de nuestro ambiente inmediato —donde hace anclaje nuestra vida— y actuar de manera concertada con la gente que nos rodea. Esto apunta al papel invaluable del diálogo a la hora de hacer sentir a cada individuo que es parte de una comunidad.

Al mismo tiempo, no es aconsejable ser rígidos o imponer expectativas desmesuradas a la instancia del diálogo. Esto sería, por ejemplo, creer que las conversaciones, una vez iniciadas, no deben cesar hasta arribar a conclusiones definitivas. Como sugiere la sabia observación de Hammarskjöld, el significado del diálogo yace en el proceso, en compartir reflexiones y en deleitarse con la compañía del otro.

Por mi parte, los numerosos encuentros que he mantenido a lo largo de los años —intercambios que me han permitido conocer en profundidad a mis interlocutores— son y serán para mí una fuente de alborozo

indescriptible. Para todos nosotros, ampliar el círculo del diálogo con la comunidad es ampliar el espacio de seguridad y de satisfacción, el ámbito donde nos sentimos aceptados y sabemos que tenemos un lugar.

Por otro lado, el intercambio ayuda a la gente a superar barreras y le permite acercarse a sus semejantes en torno a intereses comunes. La alegría de descubrir en el diálogo que otros comparten los mismos ideales crea una corriente natural de solidaridad orientada a resolver tales problemas. En verdad, las posibilidades ilimitadas de cada individuo solo se manifiestan plenamente en el ámbito del esfuerzo colaborativo y de las conexiones que nos unen a los demás. En esta trama solidaria nutrida por el diálogo, donde se fomenta un intercambio libre y abierto, es posible descubrir medios creativos para superar los escollos que nos impiden avanzar. Estos hallazgos nos incentivan a celebrar cada victoria —por pequeña que parezca— mientras persistimos en avanzar hacia el objetivo común.

Con respecto a la otra condición que menciona la señora Solnit —la conciencia de estar desempeñando un papel activo en la sociedad—, nada es más importante que trabajar junto a otros para resolver un sufrimiento colectivo.

En este momento, estoy dialogando con el profesor y ambientalista Ernst Ulrich von Weizsäcker, copresidente del Club de Roma. Una de las cuestiones que estamos analizando es la idea del «esfuerzo basado en la motivación interna» (*Eigenarbeit*), que él define como las acciones espontáneas que se emprenden en bien del entorno inmediato o de las futuras generaciones. Lo importante de este concepto es que no se limita a la conducta en bien del prójimo, sino que incluye la idea de elevar y mejorar la propia subjetividad, abriendo así la posibilidad de un círculo virtuoso.

La dignidad humana no brilla en forma aislada; resplandece más y mejor en el esfuerzo por tender puentes que conecten las orillas opuestas del yo y del otro. En las enseñanzas budistas hallamos estas palabras: «Si uno enciende un farol para dar luz a otra persona, también ilumina su propio camino».²⁹ Las acciones que tienen por fin iluminar la dignidad de los demás invariablemente generan una luz que revela nuestros propios aspectos más sublimes. Por difícil que sea la situación o por extrema que sea nuestra angustia, nunca perdemos la capacidad de encender la antorcha del aliento. Esa luz no solo disipa la oscuridad que hace sufrir a otros, sino también el sombrío agobio del propio corazón. Este es uno de los mensajes centrales del budismo.

Tengo la convicción de que las actividades comunitarias, los espacios de voluntariado y las iniciativas de las ONG —así como también los actos silenciosos de cada ser humano que, a pesar de estar sufriendo,

Club de Roma:

El Club de Roma fue fundado en 1968 por el industrial italiano Aurelio Peccei y el científico escocés Alexander King. Es una asociación informal de personas procedentes de diversos campos y disciplinas unidas por su inquietud sobre el futuro de la humanidad y el planeta, e interesadas en contribuir a mejorar el mundo con un enfoque interdisciplinario, sistémico y holístico. Adquirió relieve internacional en 1972, con la publicación del informe *The Limits to Growth* (Los límites del crecimiento), donde se exploraba la interacción entre el crecimiento exponencial y los recursos limitados del planeta; en los años sucesivos, ha seguido elaborando informes profundos sobre cuestiones globales.

El Club de Roma puede tener hasta cien miembros plenos. Juntos, en la actualidad representan a más de treinta países de los cinco continentes.

tiende una mano a quienes lo necesitan— pueden generar una espiral expansiva de alegría. Estas acciones, junto a la clase de diálogo que antes mencionamos, pueden impulsarnos a establecer una sociedad que dé plena cabida a la dignidad de todas las personas.

Como ha destacado Helen Clark, administradora del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD): «Si los 7000 millones de personas del planeta trabajaran conjuntamente para encontrar soluciones a nuestros problemas comunes, el impacto sería enorme». ³⁰

Esta solidaridad que se sustenta en la alegría compartida puede marcar una diferencia de peso en nuestro afán por resolver los problemas del género humano y de nuestras comunidades. El desafío que tenemos por delante es encontrar cómo crear valor a partir de esta clase de solidaridad.

La creación de valor que nos invita a poner en juego lo mejor de cada uno de nosotros

El último aspecto que quisiera explorar es la creación de valor que invita a desplegar lo mejor de nosotros.

Este año se cumplen cien años del estallido de la Primera Guerra Mundial, un enfrentamiento que, entre otras cosas, dio lugar a cambios profundos en el carácter y en la naturaleza del conflicto armado. En la medida en que el desarrollo de la industria bélica permitió efectuar ataques a grandes distancias y superar las barreras geográficas naturales, la población civil pasó a ser cada vez más un blanco indiscriminado. Esto, lamentablemente, borró la diferencia entre los campos de combate y el «frente interno». Los bombardeos aéreos de ciudades y los ataques submarinos a mansalva cobraron un enorme saldo de víctimas civiles.

Al mismo tiempo, se empezaron a utilizar medios cada vez más crueles para infligir daño al enemigo. La guerra cobró una escala gigantesca; el mandato de ganar cada batalla del modo más rápido y eficiente posible abrió el camino para que los ejércitos emplearan gases venenosos y otras armas especialmente cruentas e inhumanas.

Estas estrategias fueron el resultado inevitable de lo que se dio en llamar «guerra total»: el despliegue de todos los recursos humanos y materiales de una nación en aras de aplastar al enemigo. A este tipo de enfoques debe atribuirse que la Primera Guerra Mundial haya tenido como saldo tantas muertes civiles como bajas militares. Esta tendencia se acentuó mucho más en la Segunda Guerra Mundial, que se cobró unos 34 millones de víctimas civiles frente a 17 millones de efectivos militares caídos en combate. ³¹

En las décadas transcurridas desde la Primera Guerra Mundial, los conflictos armados se han vuelto cada vez más indiscriminados. La manifestación final de este proceso son las armas nucleares, que representan la disposición a exterminar la población enemiga. Otro símbolo de esta tendencia son los drones o vehículos aéreos no tripulados. Esta nueva clase de armas —la forma más evolucionada de ataque militar controlado a larga distancia— ha sido foco de recientes debates en la comunidad internacional.

Las incursiones de estos drones —ataques dirigidos desde centros remotos para eliminar a miembros de organizaciones terroristas, a grupos armados o a cualquiera que sea visto como una amenaza—

constituyen una forma de ejecución que no respeta los procesos judiciales vigentes, en la medida en que a los acusados no se les da oportunidad de ejercer su defensa legal. Para justificarlas, se habla de «daños colaterales inevitables», eufemismo con que se designa a los civiles inocentes que mueren por el solo hecho de estar físicamente en el área de los ataques. Estos aspectos de los drones han motivado una grave inquietud, hasta el punto de que el año pasado, por requerimiento del Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, se inició una investigación especial sobre las incursiones de estos aparatos no tripulados.

La guerra civil española

(1936-1939):

Fue un alzamiento militar contra el gobierno republicano de dicho país, perpetrado por una facción rebelde que se dio a conocer como el bando "nacionalista". En estas filas se contaron, principalmente, terratenientes y empresarios que contaban con el apoyo de la Italia fascista y de la Alemania nazi. El movimiento republicano, leal al establecimiento de la República Española, se nutría predominantemente de asalariados urbanos, trabajadores agrícolas y la clase media instruida, con el respaldo de la Unión Soviética y de la Brigada Internacional, que atraía a incontables jóvenes idealistas de Europa y de América. En muchos sentidos, este conflicto armado fue un anticipo y un sucedáneo de las fuerzas que, poco después, se enfrentarían en la Segunda Guerra Mundial. La victoria fue para los nacionalistas, cuyo líder, Francisco Franco (1892-1975), ejerció el mando de España durante los treinta y seis años siguientes.

Lo que tienen en común las armas nucleares y los drones es su desprecio por el espíritu de las normas humanitarias y de los derechos humanos. En un nivel fundamental, unas y otros remiten a una lógica de la eliminación, que considera inaceptable la existencia de quienes se encuadran como enemigos, y contempla el uso de cualquier medio para infligir la muerte o la destrucción que aseguren el exterminio buscado.

¿Qué clase de consecuencias tiene sobre el espíritu humano esta disociación radical entre el bien y el mal? Sissela Bok, desde el ámbito de la Ética, analiza un ensayo del poeta Stephen Spender (1909-1995) donde este narra sus experiencias en la Guerra Civil española. El texto de Spender dice:

Quando veía las fotos de los niños muertos a manos de los fascistas, me dolía furiosamente. Pero cuando los adeptos de Franco hablaban de las atrocidades cometidas por los rojos lo que me indignaba era que la gente creyese semejantes mentiras. [...] Gradualmente, fui comprendiendo con cierto horror la forma en que funcionaba mi mente. Pronto tuve claro que si no me inquietaban del mismo modo las muertes de todos los niños por igual, en realidad no me importaba la muerte de ninguno.³²

En otras palabras, según expresa Bok:

Su intensa indignación por las vidas en jaque de aquellos con quienes simpatizaba, y su horror y desconfianza hacia las tácticas de los fascistas, habían distorsionado su forma de percibir la realidad. Se había distanciado emocionalmente de los niños del bando nacionalista, hasta el punto de ver toda referencia a su sufrimiento como mera propaganda ideológica.³³

En la raíz de la confrontación ideológica que dividió al mundo durante la guerra fría, anida la idea de que el propio bando tiene el monopolio del bien mientras que los oponentes son la corporificación del mal. Esta forma de pensar ha subsistido hasta la época actual, de diversas formas, pese a que han pasado más de veinte años desde el cese de dicho conflicto. La vemos, por ejemplo, en el argumento de que todos los practicantes de una religión determinada son un elemento peligroso que representa una amenaza terrorista, o en la tolerancia ante discursos o crímenes de odio contra una cultura o algún grupo étnico en particular, justificados por el temor a la inestabilidad social, o en la disposición a sacrificar libertades y garantías ciudadanas —o a privilegiar la vigilancia antes que los derechos humanos— en nombre de la seguridad nacional.

Aun reconociendo que la preocupación por el terrorismo, la inestabilidad social o la seguridad nacional tiene fundamentos legítimos, mientras nuestras respuestas se basen en una visión del mundo que categorice a las personas con el rótulo fijo del bien o del mal, el resultado inevitable será aventar más aún las llamas del miedo y de la desconfianza, y agravar más aún las divisiones que escinden a la sociedad.

Con demasiada frecuencia, las personas convencidas de su propia rectitud terminan reflejando las mismas cualidades que consideran execrables en aquellos a quienes identifican con el mal; por ejemplo, el desdén absoluto por la vida y los derechos de las personas.

Y en esto, como en otras cosas, debemos aprender de Nelson Mandela, que declaró al mundo al asumir la presidencia de su país:

Nos comprometemos a liberar a nuestro pueblo de las cadenas de la pobreza, las privaciones, el sufrimiento, el género y cualquier otra discriminación. Nunca, nunca, nunca jamás, experimentará otra vez esta maravillosa tierra la opresión del hombre por el hombre.³⁴

Las iniciativas para abordar la amenaza del terrorismo, el problema de la inestabilidad social y la legítima preocupación por la seguridad nacional deben basarse en la premisa de considerar inaceptable toda forma de opresión dirigida a otros seres humanos. Solo entonces nuestro afán de reparar la frágil trama social cosechará los frutos deseados.

La enseñanza budista sobre la «posesión mutua de los diez estados» puede ofrecer una perspectiva capaz de trascender la dualidad radical entre el bien y el mal. Este principio revela que los que experimentan un estado de vida elevado (el bien) siguen teniendo el potencial intrínseco de actuar mal y de albergar malas intenciones; y por eso nos enseña a estar atentos frente a las influencias que pueden inclinarnos en una dirección pernicioso. Al mismo tiempo, postula que ni siquiera el estado de vida más destructivo (el mal) es algo fijo o inmutable; todas las personas conservan la capacidad de manifestar el bien mediante un cambio fundamental en su determinación interna.

El primer caso se ilustra con la parábola budista del brahmán que mendigó un ojo. En una existencia pasada, un prominente discípulo de Shakyamuni llamado Shariputra se hallaba embarcado en la práctica del *bodhisattva* —es decir, la de servir con abnegación a los demás y atender sus necesidades— cuando, en

tales circunstancias, se cruzó con un brahmán que le pidió uno de sus ojos. Aun tratándose de una petición extrema, Shariputra accedió a ella. Pero el brahmán, lejos de agradecerle semejante acto de desprendimiento, arrojó el ojo a la tierra y lo aplastó con el pie diciendo que el olor le causaba repugnancia. Azorado, Shariputra decidió que guiar a la salvación a personas como ese brahmán era una empresa que lo superaba; de tal manera, abandonó la práctica que venía llevando a cabo desde hacía tanto tiempo.

El tema esencial de esta parábola no es la gran dificultad de ofrecer a otro un órgano del cuerpo, sino la imposibilidad de perseverar ante el rechazo de nuestra ofrenda. En cuanto Shariputra vio que el otro arrojaba su ojo al suelo, el eje gravitacional de su vida dejó de ser el altruismo hacia el prójimo y, en cambio, se trasladó a la búsqueda aislada de su propia iluminación. La consecuencia de esto fue tener que vivir durante un tiempo inimaginable en las profundas y dolorosas tinieblas del egoísmo.

Nichiren cita esta historia para poner de relieve la vulnerabilidad de todas las personas a las influencias negativas. Luego, exhortando a sus discípulos a hacer «un gran juramento»,³⁵ destaca la necesidad de reafirmar constantemente el compromiso de obrar por la felicidad de los demás como vía para contrarrestar esa naturaleza vulnerable.

La transformación interior que emprendió el rey Ashoka de la antigua India (304-232 a. C.) ilustra la proposición inversa: que el potencial del bien existe aun en el corazón de seres profundamente inclinados a cometer el mal.

Ashoka, soberano del imperio Maurya, declaró la guerra al estado de Kalinga, que cedió a su conquista cerca de 261 a. C. La sangrienta batalla dejó un saldo de 100 mil muertos y 150 mil prisioneros. En los pueblos arrasados, se oía el lamento desgarrador de las víctimas a través de las ruinas humeantes. Al presenciar el retrato infernal que había perpetrado sobre la tierra, Ashoka se vio atormentado por un hondo pesar. Arrepentido de su crueldad, juró no volver a tomar las armas por el resto de su vida. En las décadas siguientes de su reinado, envió emisarios a otros países en misión de paz, alentó los intercambios culturales y mandó erigir monolitos en todo el territorio para dar a conocer edictos humanitarios; por ejemplo, los que se pronunciaban contra la eliminación de la vida.

En un diálogo que mantuvo con el doctor Neelakanta Radhakrishnan, académico indio estudioso de la vida y las ideas del Mahatma Gandhi, aquel expresó:

En su fuero interno, Ashoka dejó de ser un tirano para convertirse en un líder pacifista. Gandhi veía a un Ashoka en cada ser humano; para él, todos eran capaces de experimentar la misma transformación.³⁶

Este ejemplo real de la historia, sumado a su propia lucha implacable contra el mal interior, condujeron a Gandhi a declarar «su fe inamovible en la capacidad de transformación de la naturaleza humana»³⁷ y a mantener su compromiso con la no violencia (*ahimsa*). Con esta postura, pudo llevar a cabo su marcha personal e incluso sumar a ella a muchos de sus detractores.³⁸

La enseñanza sobre la posesión mutua de los diez estados nos alienta a no condenar o rechazar a otros endilgándoles el atributo privativo de la maldad. En cambio, nos exhorta a vivir aunando esfuerzos con los demás para revertir los males sociales, de los cuales todos somos partícipes en menor o mayor medida. Para ello, es fundamental no perder nunca de vista el potencial del mal que existe en nuestro propio ser, mientras procuramos activar y desplegar lo mejor de nosotros y de los demás.

Aunque en determinado grupo existan individuos orientados a la violencia y a la intolerancia, si vemos a todo el conjunto como enemigo no haremos más que agravar la situación y acelerar la espiral del odio. Lo que necesitamos es unirnos trascendiendo las diferencias, para establecer una oposición firme y universal a todo acto de violencia y de intolerancia. Las iniciativas de la SGI por construir una cultura de paz y de derechos humanos —metas propugnadas por las Naciones Unidas— surgen de nuestra convicción en que, a través de esos esfuerzos, estamos contribuyendo a establecer una sociedad más humana.

El doctor Martin Luther King (h) —paladín de los derechos civiles en Estados Unidos y continuador de la tradición no violenta gandhiana— advirtió que los tres escollos más grandes que obstruían el logro de la libertad no eran los ataques frontales de los detractores, sino las personas «más devotas del “orden” que de la justicia», «el silencio aplastante de los buenos» y «la pasividad de los complacientes».³⁹

El verdadero significado de una cultura de los derechos humanos no se agota en la advertencia contra las actitudes que promueven los males sociales. Consiste en crear una sociedad que fortalezca a cada uno de sus integrantes para hacer gala de su bondad inherente y proteger activamente los derechos de todos. Juntos, podemos trabajar para promover y reforzar el goce de los derechos humanos en cada ámbito de la sociedad.

El Consejo de Derechos Humanos ha decidido que la tercera etapa (2015-2019) del Programa Mundial para la Educación en Derechos Humanos hará hincapié en los periodistas y otros profesionales de los medios de comunicación. El énfasis recaerá en los espacios formadores y educativos que difunden la igualdad y la no discriminación, orientados a combatir los estereotipos y la violencia, y a fomentar el respeto a la diversidad. La SGI ha apoyado decididamente el Programa Mundial desde sus inicios en 2005; seguiremos impulsando estas iniciativas, colaborando con las agencias pertinentes de las Naciones Unidas y con otras organizaciones no gubernamentales. A la vez, continuaremos avanzando en dirección a la creación de valor que nos alienta a poner en juego lo mejor de todos nosotros.

Una educación para forjar ciudadanos del mundo

A continuación, quisiera presentar algunas propuestas referidas a tres áreas cruciales para el establecimiento de una sociedad global sostenible, donde brille la dignidad de cada persona.

La primera se refiere a la educación, con especial énfasis en los jóvenes. Ya me referí antes al desafío de una creación de valor para el pueblo y por el pueblo, citando la visión del futuro que había postulado el doctor Arnold Toynbee: «A través del esfuerzo personal, tenemos abierta la posibilidad de dar a

la historia, en nuestro caso, un giro nuevo y sin precedentes». La educación es la herramienta más valiosa para empoderar y asistir a los seres humanos en esta labor.

Cuando me reuní con Nelson Mandela en Tokio, en octubre de 1990, ambos coincidimos en que la educación y el desarrollo de los jóvenes eran cuestiones absolutamente esenciales para poder dar ese giro a la época. El presidente Mandela, que había recuperado la libertad en febrero de ese año, confiaba en que sería posible construir una nueva Sudáfrica sobre los pilares de la enseñanza. Le manifesté mi total acuerdo; yo también sentía que la formación de los jóvenes, como vector fundamental del desarrollo de un país, podía tener repercusiones incluso durante varios siglos futuros. Creo que, en nuestro intercambio, ambos reafirmamos nuestra confianza en que la educación es esa potente luminaria capaz de hacer brillar la dignidad del pueblo.

Dicho de otro modo, la educación representa la clave, no solo del futuro de un país, sino de toda la humanidad. El presidente Mandela pudo sobrellevar veintisiete años de cautiverio porque siguió educándose, nutriendo el gran sueño de curar los conflictos y crear una sociedad de convivencia pacífica para todos. En su celda, escribió estas palabras:

Lo que está encerrado detrás de estos gruesos muros es solo mi carne y mi sangre. En cualquier otro sentido, mi perspectiva es cosmopolita; mi pensamiento es libre como un halcón. Mis sueños se asientan en la sabiduría colectiva del conjunto de la humanidad.⁴⁰

Mandela leía las tragedias clásicas griegas para inspirarse, fortalecerse y poder perseverar ante la adversidad. Convirtió la prisión de Robben Island en una «universidad», donde él y sus compañeros de infortunio se esforzaron por cultivar su capacidad y hacer realidad sus ideales.

El mundo de hoy necesita una educación orientada a desarrollar nuestra capacidad de crear valor, sostenida por una esperanza incondicional y por la disposición a aprender de la sabiduría colectiva de la humanidad. Esto se aplica especialmente a los que trabajan para crear una sociedad mejor, a los que se ven enfrentados a diversas amenazas, y a la joven generación de la cual dependerá el porvenir de nuestro planeta.

En setiembre pasado, la Asamblea General de las Naciones Unidas llevó a cabo una actividad especial con miras a lograr los Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), en la cual se trazó un cronograma de acciones posteriores a 2015. En setiembre del año en curso comenzará un proceso de negociaciones intergubernamentales; a su vez, en setiembre de 2015, se celebrará una cumbre con el fin de acordar una nueva serie de metas de desarrollo, presentadas ampliamente como «objetivos de desarrollo sostenible» (ODS).

En mis propuestas recientes, sugerí que en estos ODS se incluyeran metas relacionadas con la transición hacia una sociedad con reducción total de residuos, la prevención y mitigación de desastres, los derechos humanos, la seguridad humana y el desarme. En esta oportunidad, exhorto a que se incluyan, también, metas relacionadas con la educación: en especial, lograr el acceso universal a la enseñanza primaria

y secundaria; eliminar la desigualdad de género en todos los niveles educativos, y promover una educación formadora de ciudadanos del mundo.

En relación con el tercero de estos objetivos, quisiera proponer la implementación de un nuevo programa de educación en ciudadanía mundial, en colaboración con las Naciones Unidas y con la sociedad civil. Esto podría ser una buena forma de continuar el Decenio de la Educación para el Desarrollo Sostenible (DEDS), que finalizará este año.

En mis diálogos con líderes y especialistas de todos los sectores, cuyo punto de partida fueron mis conversaciones con el doctor Toynbee hace cuarenta años, he venido recalcando una y otra vez la importancia de una educación que permita forjar y formar ciudadanos del mundo. Asimismo, en mi propuesta de paz de 1987 invité a promover en el campo de la pedagogía el desarrollo de una conciencia ciudadana global, centrada en valores universales, con énfasis en cuatro áreas clave: medio ambiente, desarrollo, paz y derechos humanos. Esta propuesta se basaba en la convicción de que, a la hora de buscar soluciones a los problemas del mundo, la enseñanza era un factor indispensable.

Esa convicción largamente abrazada es la que nos inspiró a poner en marcha diversas iniciativas creadoras de conciencia pública, como la exposición «Armas nucleares: Una amenaza para nuestro mundo», organizada por la SGI en apoyo a la Campaña Mundial de Desarme. La exhibición se presentó inicialmente en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, en 1982, y desde entonces ha recorrido numerosas ciudades del orbe. Como organización de la sociedad civil, la SGI lleva a cabo constantes actividades de educación ciudadana; entre ellas, las exposiciones «Guerra y paz» (1989), «Hacia el siglo de la humanidad: Derechos humanos en el mundo de hoy» (1993) y «Construyamos una cultura de paz para los niños del mundo» (2003). Estas muestras se han exhibido en distintas localidades del mundo en adhesión al Decenio de las Naciones Unidas para la educación en la esfera de los derechos humanos (1995-2004) y a los diversos programas de la ONU para promover una cultura de paz a partir de 2000.

La SGI, en su labor conjunta con otras organizaciones no gubernamentales, ha sido una de las primeras propulsoras del Decenio de la Educación para el Desarrollo Sostenible; en tal sentido, ha exhortado a mantener un marco internacional continuo de educación para los derechos humanos, en forma paralela a la promoción del DEDS y del Programa Mundial para la Educación en Derechos Humanos implementados en 2005. Además, la SGI ha apoyado el proceso de elaboración de la Carta de la Tierra —documento que esclarece principios y valores para un futuro sostenible— y durante muchos años ha contribuido a inculcar en el corazón de los pueblos de todo el mundo el espíritu de dicho estatuto primordial.

En junio de 2012, la SGI y otras ONG con las que hemos venido cooperando a lo largo de tres décadas coauspiciamos la mesa redonda interdisciplinaria «El futuro que creamos», actividad oficial paralela de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Desarrollo Sostenible (Río+20), en la ciudad brasileña de Río de Janeiro. El mes próximo, está previsto llevar a cabo una mesa redonda de seguimiento en Nueva York para analizar la cuestión de la ciudadanía mundial y el futuro de las Naciones Unidas.

Lo que se hizo evidente en la mesa redonda de Río es la importancia de establecer procesos educativos que no se limiten a la comprensión profunda de los problemas, sino que sirvan como fuerza

catalizadora que empodere a los individuos y les permita desplegar su potencial ilimitado y ejercer el liderazgo en aras del cambio. El paso siguiente, capitalizando la experiencia anterior y los resultados de las diversas agencias de la ONU, es empezar a explorar nuevos marcos educativos cuyo eje avance desde el empoderamiento individual hacia la labor colectiva para la creación de valor.

Quisiera sugerir tres objetivos clave que podrían sustentar un programa educativo de fomento de la ciudadanía mundial. Esta educación debería:

- Brindar una comprensión profunda de los retos que afronta la humanidad; permitir a los educandos explorar sus causas; inculcar la esperanza y la convicción de que tales dificultades pueden ser resueltas por el ser humano, en la medida en que este ha sido su causante.(.)
- Enseñar a observar los fenómenos locales para detectar en ellos indicios precoces de problemas globales emergentes; desarrollar la identificación de estas señales tempranas, y empoderar a los individuos para que tomen medidas concertadas.(.)
- Estimular la imaginación empática, y la conciencia de que las acciones beneficiosas para el propio país pueden tener efectos negativos en otras naciones o ser percibidas por ellas como una amenaza; convertir esta conciencia en el compromiso mancomunado de no buscar la felicidad o la prosperidad del propio país o grupo a expensas de los demás.

Esta clase de educación amplia, centrada en desarrollar la conciencia ciudadana mundial, deberá estar integrada en los planes de estudio de nivel secundario y terciario en cada ámbito nacional. Asimismo, la sociedad civil deberá tomar la iniciativa de promoverla como aspecto integral de la educación continua.

En 2012, el secretario general de las Naciones Unidas, Ban Ki Moon, presentó la iniciativa «La educación ante todo», en la cual identificó la formación de ciudadanos del mundo como una de las tres áreas de prioridad. El compromiso de las Naciones Unidas con esta visión me alienta inmensamente.

El próximo mes de noviembre, en Nagoya, Japón, se llevará a cabo la Conferencia Mundial sobre Educación para el Desarrollo Sostenible, en la cual se debatirán las futuras prioridades y pasos en relación con el tema. Uno de los ejes centrales de esa conferencia serán las aportaciones de la educación para el desarrollo sostenible al proceso de fomentar la conciencia ciudadana global. Precisamente, a la hora de desarrollar un nuevo programa de educación que promueva la ciudadanía mundial, habrá que tomar en consideración los logros y las dificultades identificados en estos espacios de debate.

El empoderamiento de los jóvenes con vistas a un futuro sostenible

A mi criterio, además de la educación, otra área que deberían centrarse los Objetivos de Desarrollo Sostenible es el empoderamiento de la juventud.

Los jóvenes representan la cuarta parte de la población mundial.⁴¹ Son la generación que se verá más afectada por los ODS y, a la vez, la que modelará de manera más notoria los esfuerzos implementados para lograr dichas metas. Por eso, en ellas deberían incluirse políticas que permitan a los jóvenes participar en actividades creadoras de valor para construir una sociedad mejor.

Concretamente, sugiero que se tengan en cuenta las siguientes metas cuando se elaboren los ODS:

- Que todos los Estados garanticen empleo digno a la totalidad de la población, en especial a los jóvenes(.)
- Que los jóvenes puedan participar activamente en el tratamiento de los problemas que afectan a la sociedad donde viven(.)
- Que se extiendan y prioricen los intercambios juveniles para fomentar la amistad y la solidaridad más allá de las fronteras nacionales.

De acuerdo con ciertos estudios, se estima que en el mundo actual hay 202 millones de personas sin empleo, y 900 millones que viven bajo el umbral de pobreza, con menos de dos dólares diarios.⁴² La situación que rodea a la juventud es particularmente grave. Es muy común que se vean expuestos a largos períodos de desempleo; y aun cuando consiguen trabajo, este suele ser mal remunerado, en condiciones inseguras de contratación, con desigualdad de género y en un entorno laboral inadecuado. Esta situación, en caso de persistir, atentaría contra la dignidad de numerosos jóvenes, privándolos de esperanzas en el futuro y debilitando su voluntad de vivir.

Para afrontar este problema, la Organización Internacional del Trabajo (OIT) está alentando a los gobiernos a tomar medidas que aseguren a todos un trabajo digno. Incorporar esta dimensión en los ODS dará redoblado impulso a este propósito.

El protagonismo de la juventud en el proceso de resolución de problemas globales es un factor absolutamente crucial. Este reconocimiento, en el que han coincidido todos los jóvenes, se refleja en la declaración de la Cumbre Mundial de la Juventud, celebrada en setiembre pasado en Costa Rica.

La participación activa de los jóvenes en la resolución de los retos globales es algo que ya había planteado en mi propuesta a las Naciones Unidas de 2006. Por ende, celebro la «Plataforma en línea para

La Cumbre Mundial de la Juventud (BYND) 2015:

La Cumbre Mundial de la Juventud BYND 2015 fue celebrada en San José de Costa Rica del 9 al 11 de setiembre de 2013 por iniciativa de la Unión Internacional de Telecomunicaciones de las Naciones Unidas. Sirvió de plataforma para que los jóvenes de todo el globo acordaran y presentaran recomendaciones destinadas a integrar el temario del programa mundial de desarrollo posterior al 2015 que está elaborando la ONU. Las siglas BYND corresponden, en inglés a "Broadband and Youth Networking Dialogues" (Diálogos en red sobre juventud y banda ancha), pero también simbolizan la palabra beyond más allá.

En particular, los jóvenes debatieron de qué maneras las tecnologías pueden impulsar el desarrollo socioeconómico para configurar los programas de desarrollo sostenible posteriores a 2015. Además de los setecientos participantes, más de tres mil jóvenes del mundo se conectaron por internet para aportar sus ideas, valiéndose de una plataforma colaborativa en línea y de otros canales y redes sociales.

jóvenes» que la ONU puso en marcha en agosto del año pasado, así como otras medidas similares para conocer la opinión de los jóvenes de todo el mundo.

Campaña de Acción Global SOKA:

La campaña de Acción Global SOKA, una iniciativa de los jóvenes de la Soka Gakkai en Japón, se puso en marcha en 2014. Consiste en tres ejes:

1) Acciones orientadas a crear una cultura de paz y a trabajar junto con los jóvenes de la SGI de todo el mundo en pos de la abolición nuclear, centrada en el año 2015, septuagésimo aniversario del lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

2) Acciones orientadas a promover la buena voluntad en el continente asiático, mediante intercambios cívico-culturales entre jóvenes de la Soka Gakkai y jóvenes de Corea del Sur y China.

3) Acciones de asistencia y reconstrucción en las zonas afectadas por el terremoto de Tohoku de marzo de 2011, que prioricen la intervención de los jóvenes en el cuidado de los afectados por el desastre.

Hasta hoy, los programas de intercambio juvenil vigentes se habían orientado principalmente al ámbito escolar. Ya que el consenso en la comunidad internacional busca asegurar una participación más amplia de la juventud, opino que los ODS también deberán extender el alcance de los intercambios juveniles. El beneficio de esos encuentros entre jóvenes va mucho más allá de facilitar el entendimiento mutuo; en estos contactos se forjan lazos de amistad que actúan como un antídoto contra la manipulación y la incitación colectiva al odio y al prejuicio.

En la medida en que se incrementa el número de personas —especialmente, de jóvenes— que adquieran conciencia de ciudadanía global y rehúsen buscar la felicidad y el enriquecimiento de su propio país a expensas de otros, será posible contrarrestar la dependencia en el poderío militar y las políticas de exclusión. Estas personas pueden desempeñar un papel crucial en la construcción de una sociedad pacífica y humana. La amistad que se cultiva en estos espacios de interacción real y de convivencia personal es un tesoro invaluable para la humanidad: estos vínculos pueden despertar en el corazón de los jóvenes de todos los países el firme compromiso de rechazar cualquier enfrentamiento armado y una disposición favorable a trabajar unidos para solucionar las cuestiones que aquejan al mundo en su conjunto.

Así pues, la Campaña de Acción Global SOKA busca inspirar a la gente joven a concertar esfuerzos para abordar concretamente los problemas sociales. De la mano de otras ONG

y organizaciones de la sociedad civil, estamos decididos a crear un amplio movimiento, que permita a los jóvenes asumir el liderazgo en la resolución de los problemas más urgentes que aquejan a nuestro mundo.

Cooperación regional para fortalecer la resiliencia

La segunda área clave que quisiera analizar se refiere a la cooperación internacional para reducir el daño causado por las condiciones meteorológicas extremas y otro tipo de calamidades.

De acuerdo con un informe de la Organización Meteorológica Mundial difundido el pasado mes de julio, en la primera década del siglo XXI murieron más de 370 mil personas a raíz de graves condiciones

climáticas; entre ellas, el huracán Katrina, las inundaciones en Pakistán y la sequía en la cuenca amazónica.⁴³ En el último decenio, las alteraciones atmosféricas extremas han cobrado especial intensidad y frecuencia. Tan solo en 2013, el tifón Yolanda causó severos daños en Filipinas y en Vietnam; las lluvias torrenciales provocaron inundaciones en Europa Central y en la India, y, debido a la incidencia de olas de calor, gran parte del hemisferio norte sufrió récords de altas temperaturas. Además del daño directo, el cambio climático afecta gravemente a sectores esenciales para la subsistencia de incontables personas, como la actividad agrícola, la pesca y la explotación forestal. Se calcula que el perjuicio económico mundial causado por factores climáticos asciende a 200 mil millones de dólares anuales.⁴⁴

La Conferencia de las Partes (COP) en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) ha comenzado a estudiar las pérdidas y daños relacionados con el cambio climático como una cuestión separada de la reducción de emisiones de gases de efecto invernadero. El pasado mes de noviembre, en Varsovia, Polonia, tuvo lugar la decimonovena sesión de esta Conferencia, donde se aprobó el «Mecanismo internacional de Varsovia para las pérdidas y los daños». De acuerdo con este instrumento, los países desarrollados deberán responder con apoyo financiero para ayudar a los países en desarrollo que sufran las consecuencias del cambio climático. Sin embargo, se trata de un convenio no vinculante, cuya próxima revisión no tendrá lugar hasta 2016, lo cual genera diversos interrogantes sobre su real eficacia.

En noviembre pasado, el Instituto de Medio Ambiente y Seguridad Humana de la Universidad de las Naciones Unidas dio a conocer un informe donde advertía: «Los niveles de adaptación y los esfuerzos de mitigación actuales son insuficientes para evitar las consecuencias negativas de los estresores climáticos».⁴⁵ Como esto indica, es imperioso y prioritario establecer nuevos enfoques de mayor eficacia.

Al respecto, quisiera proponer la creación de mecanismos de cooperación regional para reducir el daño causado por desastres y fenómenos meteorológicos extremos, y, a la vez, incrementar la resiliencia en Asia y África. Estos recursos de cooperación funcionarían a la par de las medidas globales dispuestas por la CMNUCC.

La respuesta a los fenómenos climáticos extremos y a otros desastres naturales involucra tres aspectos: preparación, socorro y recuperación posterior al desastre. Es habitual que los países extranjeros contribuyan a las tareas de socorro ante situaciones de calamidad, pero la cooperación internacional en los otros dos campos ocurre solo excepcionalmente. Aun cuando inmediatamente después de un desastre se implementen de emergencia numerosas acciones de socorro, los flancos más débiles para las naciones afectadas siguen siendo la reconstrucción posterior y la capacidad de preparación. Por ende, es urgente establecer mecanismos de asistencia mutua basados en las lecciones que nos ha dado la experiencia compartida.

Actualmente, la ONU participa en la prevención y la resolución de conflictos, así como también en tareas de recuperación y establecimiento de la paz después de enfrentamientos armados; estas actividades forman un proceso integral auspiciado por la Comisión de Consolidación de la Paz. De la misma manera, las tareas de preparación, socorro, y recuperación posterior a los desastres climáticos también deben ser

abordadas como parte de un proceso integral. Con este fin, quisiera proponer que las naciones que comparten fronteras establezcan un sistema de cooperación mutua para responder ante desastres y condiciones climáticas extremas. Estos sistemas deberían apoyarse en las relaciones vecinales o regionales entre países, porque, a diferencia de las acciones de socorro —que tienen lugar inmediatamente después de las calamidades—, los programas de preparación y recuperación suelen requerir una cooperación prolongada en el tiempo. Tal colaboración se ve facilitada por la proximidad geográfica; a su vez, por razones de cercanía, los países se hallan expuestos a similares amenazas climáticas, y esto también permite compartir y aprovechar experiencias transversales.

Esto, de por sí, ya sería sumamente productivo; pero, además, una vez puestos en marcha, estos sistemas de cooperación entre países limítrofes beneficiarían a la región entera, con la posibilidad de transformar el enfoque y el entendimiento de todas las naciones en materia de seguridad.

Un informe presentado en la Conferencia Internacional sobre Seguridad Climática en la región Asia-Pacífico, celebrada en Seúl, Corea, en marzo de 2013, halló que al menos 110 países del mundo consideran los efectos del cambio climático un «grave tema de seguridad nacional».⁴⁶ Esto representa un hecho importante, ya que, en el pasado, muchos gobiernos consideraban el cambio climático un asunto de escasa prioridad, englobado dentro de las demás cuestiones ambientales. En años recientes, cada vez más líderes han optado por ver este problema como una amenaza a la seguridad nacional.

Es digno de mencionar que las medidas de seguridad enmarcadas en este enfoque no alimentan el círculo vicioso que se conoce como «dilema de la seguridad», según el cual las acciones de refuerzo a la seguridad que adopta un país son percibidas por los demás como una amenaza, a la cual deben responder con medidas similares, que solo conducen a agravar la desconfianza y las tensiones internacionales.

Sobre todas las cosas, la naturaleza impredecible de las condiciones climáticas extremas y la vulnerabilidad que estas ponen de relieve ayuda a tender lazos solidarios de empatía a través de las fronteras nacionales. Así lo han demostrado numerosos países con su actitud de ayudar a las naciones necesitadas, enviando con premura equipos de socorro y brindando asistencia urgente a las zonas afectadas en las horas inmediatas a las catástrofes.

En este momento estoy debatiendo este aspecto con el profesor Kevin P. Clements, prestigiosa autoridad en Estudios sobre la Paz. Los dos somos ciudadanos de países que sufrieron en 2011, casi al mismo tiempo, terremotos devastadores: Nueva Zelanda, con el sismo de Christchurch, y Japón, con el de Tohoku. El profesor Clements describió así el alcance de la cooperación internacional que pudo observar en esas circunstancias:

Esto subraya algo que todos de algún modo sabemos en lo más hondo del corazón, y es que al margen de las diferencias nacionales, culturales o idiomáticas, hay una pertenencia común al género humano que nos hermana a todos. Es una lástima que esta humanidad en común deba expresarse solo en situaciones de crisis. Por eso, considero importante que, aun en tiempos normales, mantengamos activo ese «espíritu en la adversidad».⁴⁷

De hecho, si los países vecinos avanzan en colaboración para fortalecer la resiliencia y la ayuda mutua en situaciones de calamidad, esa cultura de ayuda y de asistencia recíproca podrá convertirse en una idiosincrasia distintiva de la región.

Los conocimientos, la idoneidad y las tecnologías que facilitan la cooperación en estas áreas son de tal importancia, que su valor para todos los países aumenta en la misma medida en que se los comparte. Esto marca una enorme diferencia con la actitud de ocultamiento y de secreto que suele rodear las tecnologías y la información de índole militar. Cuanta más información y tecnología se comparta entre países para fortalecer la resiliencia, mayores serán las oportunidades de minimizar el daño; esto, a su vez, reducirá el riesgo representado por los desastres y mejorará la seguridad en toda la región.

Estamos ante una propuesta muy afín al concepto del «conocimiento como bien público global»,⁴⁸ descrito por el economista Joseph E. Stiglitz, quien citó las siguientes palabras de Thomas Jefferson (1743-1826), tercer presidente de Estados Unidos: «Quien recibe una idea de mí, adquiere conocimientos sin que disminuyan los míos; el que enciende un fanal acercándolo a mi vela, recibe luz sin dejarme en penumbras».⁴⁹

La resiliencia ante los desastres se apoya en cuatro elementos: robustez (la fortaleza de los sistemas para resistir el estrés sin perder la funcionalidad); duplicación (la existencia de sistemas de reemplazo que se activan cuando falla el principal); despliegue de recursos (la capacidad de movilizar los recursos físicos e intelectuales de la sociedad) y rapidez (la capacidad de identificar prioridades para evitar mayores complicaciones y de acelerar el proceso de recuperación). Con respecto a cualquiera de estos elementos, podemos recibir ideas de otras personas sin restarles a ellas lo que poseen, como deja muy claro la analogía de Jefferson.

Dado que Asia ha sufrido graves consecuencias a raíz de este tipo de calamidades, exhorto a que la iniciativa precursora de esta cooperación regional surja de este continente. Si aquí se genera un modelo eficaz, otras regiones se sentirán inspiradas a colaborar mutuamente para fortalecer los mecanismos de resiliencia, asistencia y reconstrucción.

Ya existe un antecedente: el Foro Regional de la ASEAN, formado por los países miembros de la ASEAN más China, Japón, Corea del Norte y Corea del Sur. Este espacio, que ha dado prioridad a la

El Foro Regional de la ASEAN:

Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) se creó en 1993, a partir de acuerdos concertados durante el vigésimo sexto encuentro ministerial y conferencia posministerial de la ASEAN, celebrados en Singapur del 23 al 25 de julio de dicho año. La reunión inaugural del Foro se llevó a cabo tiempo después, el 25 de julio de 1994. Sus objetivos fueron promover diálogos y consultas constructivas sobre temas e intereses comunes en materia política y de seguridad, y contribuir significativamente a las gestiones de diplomacia preventiva y a la consolidación de la confianza en la región Asia-Pacífico.

Los actuales participantes del Foro Regional son Australia, Bangladesh, Brunéi Darussalam, Camboya, Canadá, China, la Unión Europea, India, Indonesia, Japón, Laos, Malasia, Mongolia, Birmania, Nueva Zelanda, Corea del Norte, Pakistán, Papúa Nueva Guinea, Filipinas, Rusia, Singapur, Corea del Sur, Sri Lanka, Tailandia, Timor Oriental, Estados Unidos y Vietnam.

asistencia en situaciones de desastre, cuenta con un marco de trabajo para organizar sus diálogos regulares sobre mecanismos de cooperación. Hasta la fecha, ha llevado a cabo tres ejercicios de acción asistencial ante catástrofes, con operativos de coordinación cívico-militar y equipos de provisión de agua, saneamiento, y asistencia médica formados por personal de varios países.

En su libro *Jinsei chirigaku* (Geografía de la vida humana), de 1903, Tsunesaburo Makiguchi proponía cambiar el eje de la competencia entre países; es decir, abandonar la rivalidad militar de «suma cero» —donde la ganancia de uno equivale a la pérdida del otro— para poder instaurar en su lugar la «competencia humanitaria». Los ejercicios realizados por el Foro Regional de la ASEAN podrían encuadrarse en esta clase de transición.

En un período de la historia dominado por el imperialismo y la expansión colonial, Makiguchi observó un cambio en los niveles de competencia entre los Estados, del poderío militar a la hegemonía política y de esta a la preeminencia económica. Ante este proceso, exhortó a tomar distancia de estos modelos de confrontación —que proponen la prosperidad de una de las partes a expensas del empobrecimiento de otras— y en cambio, invitó a los países a canalizar sus esfuerzos en objetivos de competencia humanitaria.

Makiguchi exploró la posibilidad de transformar en forma cualitativa la noción de la «competencia», que tradicionalmente se asociaba a pugnas por la supremacía militar, política o económica, para dirigirla a un nuevo territorio, «la intervención consciente en la vida colectiva» eligiendo «hacer cosas en bien de los demás, porque beneficiar a otros también obra en beneficio propio». Makiguchi definió esta perspectiva humanitaria del siguiente modo: «Lo importante es hacer a un lado los motivos egoístas, buscar proteger y mejorar no solo la propia vida, sino también la existencia ajena».⁵⁰

Más de un siglo después de esta exhortación suya, los ejercicios de respuesta ante catástrofes del Foro Regional de la ASEAN pueden verse como una oportunidad de que los Estados implementen esta transformación cualitativa en la naturaleza de la competencia militar.

En la medida en que los países sigan colaborando para fortalecer la respuesta conjunta ante desastres, y resolviendo en el proceso sus mutuos sentimientos de desconfianza y malestar, podrán cultivar relaciones colaborativas sólidas que, luego, se extiendan incluso a las tareas de reconstrucción después de las crisis. Para promover este tipo de vínculos, quisiera proponer que se suscriba un Acuerdo Asiático para la Recuperación y la Resiliencia, cuyo marco se fundamente en la experiencia del mencionado Foro.

Un espacio valioso para incentivar la preparación ante los desastres —aspecto fundamental de la resiliencia— son los intercambios interpersonales y la cooperación entre ciudades hermanas de distintos países, implementada por los gobiernos locales. Invito a Japón, China y Corea del Sur a tomar la iniciativa en este tipo de relaciones entre localidades hermanas para fortalecer la resiliencia en ambas partes.

En la actualidad, hay 354 acuerdos de fraternidad entre ciudades de Japón y China; 151, entre Japón y Corea del Sur, y 149 entre este último país y China. Por otro lado, y con el fin de promover este tipo de intercambios, desde 1999 viene llevándose a cabo en forma anual la Conferencia Tripartita de Gobiernos Locales de Japón, China y Corea del Sur.

A partir de estas bases, es posible ahondar mucho más las relaciones de confianza y de amistad, orientándolas a fortalecer la resiliencia, y a prevenir y paliar catástrofes. En concreto, opino que a la cabeza de estas iniciativas debería estar los jóvenes. Estos intercambios y actividades de cooperación entre ciudades hermanas podrían ser el germen de acciones colectivas más amplias entre localidades de países fronterizos; si estas se diseminaran extensamente, se podrían crear espacios de convivencia pacífica en toda la región.

Bien pensado, si no somos capaces de entablar lazos de amistad con los vecinos cercanos, ¿cómo podemos hablar de contribuir a la paz mundial? Por otro lado, la postura de ayudar con abnegación a los países en situación de emergencia debería inspirar la tónica de las relaciones cotidianas con las naciones limítrofes.

Así pues, con miras a forjar esta clase de relaciones internacionales, exhorto firmemente a celebrar una cumbre tripartita entre Japón, China y Corea del Sur para iniciar lo antes posible el diálogo en esta dirección. Lo ideal sería que en este cónclave se tratara la cooperación sobre problemas ambientales en las líneas que propuse el año pasado. Asimismo, en marzo de 2015 se realizará en Sendai, Japón, la tercera Conferencia Mundial sobre Reducción del Riesgo de Desastres, que impulsará un fructífero diálogo para explorar los modos de implementar dicha colaboración.

Este reto nos ofrece la oportunidad de generar una nueva perspectiva sobre la creación de valor, no solo en Asia, sino también en el mundo entero.

Por un mundo sin armas nucleares

Como tercera área, quisiera exponer ciertas propuestas orientadas a la prohibición y abolición de las armas nucleares.

Los desastres naturales —tal el caso de los tsunamis y terremotos— se caracterizan por ser imposibles de evitar; en el mejor de los casos, se pueden atenuar sus consecuencias. Esto es muy distinto de la amenaza que plantean las armas nucleares, cuyo uso —a pesar de provocar una hecatombe mucho más grave que la de una calamidad natural—, puede ser evitado y hasta abolido mediante la voluntad política concertada de los gobiernos del mundo.

En agosto del año pasado, en Siria se utilizaron armas químicas que causaron la muerte de numerosos civiles. Este acto recibió la firme condena de la comunidad internacional; el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, incluso, aprobó una resolución recalcando que «ninguna parte en Siria debería emplear, desarrollar, producir, adquirir, almacenar, conservar ni transferir armas químicas»⁵¹ e instando a la pronta destrucción de esta clase de armas en dicho país.

La utilización de este instrumento letal recordó a la población del mundo la naturaleza inhumana de las armas de destrucción masiva, y movió al Consejo de Seguridad a advertir severamente que nadie estaba autorizado a poseer o emplear armas químicas.

Lo incomprensible es que este mismo principio no se haya aplicado todavía a las armas nucleares.

En su «Opinión consultiva sobre la legalidad de la amenaza o el empleo de armas nucleares», de 1996, la Corte Internacional de Justicia advirtió:

El poder destructivo de las armas nucleares no se puede contener ni en el espacio ni en el tiempo. Tienen la posibilidad de destruir toda la civilización y todo el ecosistema del planeta.⁵²

Como esto indica, las consecuencias humanitarias del uso de armas nucleares serían incomparablemente más catastróficas que las de utilizar armas químicas.

Durante muchos años, la lógica de la seguridad nacional predominante en la geopolítica mundial tronchó la voluntad política de confrontar y debatir las consecuencias humanitarias de las armas nucleares. El Documento Final de la Conferencia de las Partes de 2010 encargada de examinar el Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP) —que expresa la «profunda preocupación ante [...] las consecuencias humanitarias catastróficas que traería consigo el uso de esas armas»—⁵³ abrió una posibilidad de cambio en los términos del debate.

De tal manera, en marzo del año pasado se llevó a cabo en Oslo, Noruega, la Conferencia sobre el Impacto Humanitario de las Armas Nucleares; en los setenta años transcurridos desde que comenzó la era nuclear, esta fue la primera vez que la comunidad internacional se reunió para replantear la naturaleza de las armas nucleares desde la perspectiva humanitaria. Un objetivo primordial de este encuentro fue evaluar las consecuencias humanitarias mediante procedimientos científicos. Entre los descubrimientos más relevantes se contó la reafirmación de que «ningún estado u organismo internacional podría responder de manera adecuada a la emergencia humanitaria inmediata causada por la detonación de un arma nuclear y brindar ayuda suficiente a la población damnificada».⁵⁴

Los hallazgos dieron un bienvenido impulso a las gestiones de gobiernos cada vez más numerosos, que reclaman situar en un lugar central las consecuencias humanitarias de las armas nucleares en todos los debates sobre no proliferación y desarme nuclear. Desde mayo de 2012, estos gobiernos vienen efectuando reiteradamente declaraciones conjuntas sobre la cuestión; la cuarta de ellas, fechada en octubre del año pasado, fue firmada por las autoridades de 125 Estados, entre ellos, Japón y varios otros que están bajo el paraguas de aliados poseedores de armas nucleares.

Este movimiento, centrado en los efectos humanitarios de este tipo de arsenales, surgió a partir del incesante activismo de movimientos ciudadanos y populares; en ellos se destacó la voz de los sobrevivientes de Hiroshima y Nagasaki, que abogan sin descanso para que nunca más en la historia alguien deba experimentar otra vez el horror de la guerra nuclear. Considero un avance de profundo significado que dos tercios de los países miembros de las Naciones Unidas hayan confirmado que:

[E]n interés de la mismísima supervivencia de la humanidad, nunca más se debe volver a emplear armas nucleares, en ninguna circunstancia. No es posible responder de manera

adecuada a los efectos catastróficos de una detonación nuclear, ya sea que se ejecute por accidente, por error de cálculo o en forma deliberada.⁵⁵

La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE):

En 1983, el presidente de Estados Unidos Ronald Reagan inició el desarrollo de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE, o SDI en inglés), también conocida como "Guerra de las Galaxias", como medio para contrarrestar la amenaza nuclear soviética. La intención de la IDE era crear una tecnología de defensa que pudiera proteger Estados Unidos de misiles balísticos procedentes del exterior, destruyéndolos en vuelo antes de que detonaran sobre sus blancos. Aunque la mencionada iniciativa nunca llegó a su fase operativa, impuso a la Unión Soviética la presión económica de tener que considerar medidas similares.

Si bien Reagan planteó la IDE en términos mayormente defensivos y hasta se ofreció a compartir la tecnología, el secretario general Mijaíl Gorbachov y la Unión Soviética la vieron como un elemento amenazador, en la medida en que se desestabilizaba el equilibrio asociado a la política de disuasión. El diálogo sobre un posible tratado de eliminación total de las armas nucleares llegó a un punto muerto cuando las partes no pudieron acordar el tipo de ensayos que, en un nuevo acuerdo, tendrían permitido hacer para probar la IDE.

Del mismo modo, en la cumbre de Reikiavik de 1986, el secretario general soviético Mijaíl Gorbachov y el presidente norteamericano Ronald Reagan (1911-2004) mantuvieron diálogos francos en busca de un acuerdo que eliminara por completo las armas nucleares, algo que se planteó a partir de la preocupación común por las consecuencias catastróficas de su empleo. Tiempo después, reflexionando sobre los hechos, Gorbachov recordó:

Sin Chernobyl, la cumbre de Reikiavik no habría tenido lugar. Sin Reikiavik, las gestiones dirigidas al desarme nuclear no habrían avanzado. [...] Si no pudimos contener la radiación liberada por un solo reactor nuclear, ¿cómo podríamos responder a la contaminación radioactiva liberada por una detonación nuclear en la Unión Soviética, en Estados Unidos o en Japón? Algo semejante equivaldría a nuestro fin.⁵⁶

Aunque, finalmente, resultó imposible zanjar las diferencias en torno a la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), y el diálogo se interrumpió sin poder pactar la eliminación completa de las armas nucleares, Reagan desde antes de este encuentro había contemplado la visión de un mundo sin este peligro, cuando dijo:

Mi sueño es un mundo sin armas nucleares. Quiero que nuestros hijos y, en particular, nuestros nietos, vivan libres de estas armas.⁵⁷

Al año siguiente, 1987, se firmó el Tratado sobre las Fuerzas Nucleares de Alcance Intermedio (INF, en inglés), primer acuerdo bilateral entre Estados Unidos y la Unión Soviética que eliminó toda una categoría de armas nucleares.

En el discurso que dio en Berlín en junio de 2013, el presidente norteamericano Barack Obama ofreció una cabal conclusión de las condiciones actuales: «Tal vez ya no vivamos con miedo a la aniquilación total, pero mientras existan las armas nucleares tampoco estaremos a salvo».⁵⁸

La posibilidad de un accidente que involucre este tipo de armas, de un ataque iniciado por una información errónea, o incluso del terrorismo nuclear es una preocupación insistente, dado que causaría una hecatombe humanitaria. Tales peligros se agravan en la medida en que más países opten por tener armas nucleares.

Si se compara detenidamente la situación actual con el escenario que había en la guerra fría, tanto en sus semejanzas como en sus diferencias, se pueden generar nuevas perspectivas en pos de un mundo sin armas nucleares.

Tal vez la diferencia más notable es que hoy se ha vuelto cada vez más difícil imaginar un escenario de conflicto nuclear a gran escala como el que se avizoraba y temía en la guerra fría. Al mismo tiempo, hoy se tiene mayor conciencia de que las armas nucleares ofrecen una reducida utilidad militar ante amenazas contemporáneas como el terrorismo.

En otras palabras, mientras que antes los peligros derivaban de la existencia de conflictos, hoy los peligros provienen de la subsistencia de las armas nucleares. La tensa confrontación que se vivía en la guerra fría provocaba una sensación de crisis internacional que impulsaba a ambas partes a amenazarse mutuamente, con arsenales nucleares de una capacidad destructiva inimaginable, en nombre del supuesto poder de disuasión de este tipo de armas. En cambio, hoy es la existencia de las armas nucleares, en sí misma, la que da origen a la inseguridad: como hay nuevos países que quieren avanzar en el desarrollo de su capacidad bélica nuclear, los Estados que ya poseen estas armas argumentan que es imposible renunciar a ellas.

La crisis económica mundial que se desató hace seis años erosionó la posición fiscal de casi todos los gobiernos nacionales; sin embargo, hoy en día el costo global de mantener estas armas cada vez más inútiles asciende, increíblemente, a 100 mil millones de dólares anuales.⁵⁹ Cada vez más personas consideran que las armas nucleares son un lastre que agota las finanzas nacionales, más que un capital de prestigio para el país. En vista de todos estos factores, los países con armas nucleares deberían incrementar su motivación y adoptar medidas más resueltas para disminuir la amenaza que representa la existencia de estos arsenales.

Desde el punto de vista de los rasgos comunes entre la guerra fría y la situación actual, sobresale el hecho de que, en los sesenta y ocho años transcurridos desde los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki, ningún líder nacional haya ordenado un ataque nuclear.

En tal sentido, es útil recordar las palabras pronunciadas por el presidente norteamericano Harry S. Truman (1884-1972) en 1948, tres años después de haber ordenado el empleo de bombas atómicas contra esas dos ciudades japonesas:

Debe entenderse que estas no son armas militares. [...] No se las utiliza con fines militares, sino para exterminar a mujeres, niños y personas inermes. Por eso, debemos tratarlas de manera distinta que a un rifle, un cañón u otros dispositivos comunes.⁶⁰

Truman hizo esta declaración exhortando a la mesura y reconociendo la especial responsabilidad de Estados Unidos como nación con capacidad bélica nuclear. Al año siguiente, la Unión Soviética llevó a cabo su primer ensayo nuclear con éxito. Desde entonces, el mundo ha vivido ensombrecido por la doctrina de la disuasión nuclear. La experiencia de poseer el «botón detonador» —con el cual desencadenar un ataque fulminante— ha enseñado a varias generaciones de líderes, de maneras graduales e imperceptibles, que las armas nucleares no son como cualquier otro arsenal de uso puramente militar. Y esto ha impuesto restricciones efectivas a su uso.

El año pasado, con base en una resolución previa de la Asamblea General de la ONU, se creó un grupo de trabajo de composición abierta encargado de elaborar propuestas para hacer avanzar las negociaciones multilaterales de desarme nuclear tendientes a establecer y mantener un mundo sin armas nucleares. En un encuentro celebrado en junio, el gobierno austriaco —cuya intervención fue fundamental para que la resolución se aprobara— presentó un trabajo que plantea la siguiente pregunta:

Todos los Estados están unidos en torno al objetivo universal de lograr y mantener un mundo sin armas nucleares. Sin embargo, hay distintas percepciones con respecto a la vía más eficaz para llegar a abolición irreversible de este tipo de armas. ¿De qué manera acercar estas posiciones diferentes?⁶¹

En mi opinión, hay un sentimiento llano que puede acortar esas diferencias que separan, por un lado, a los países firmantes de la «Declaración conjunta sobre las consecuencias humanitarias de las armas nucleares» y, por el otro, a los líderes que —como el presidente Truman en su época— todavía se sienten inclinados a confiar en las armas nucleares para lograr sus objetivos de seguridad nacional, aun percibiendo que son fundamentalmente distintas de otro tipo de armamentos. Ese sentimiento llano es el deseo de no tener que repetir o presenciar, nunca más, los efectos humanitarios catastróficos de las bombas nucleares.

En setiembre de 1957, mientras se aceleraba la carrera armamentista, mi maestro Josei Toda dio a conocer públicamente una proclama que exhortaba a abolir por completo las armas atómicas; en ella, las denunciaba como una amenaza imperdonable contra el derecho humano a la existencia. El 1.º de enero de ese mismo año, renunciando esa declaración, había observado: «Mi deseo es que nunca más haya que usar la palabra “sufrimiento” para describir a una persona, a un país, a este mundo en que vivimos...».⁶²

Posiblemente ciertos líderes políticos objeten que el texto de la Declaración Conjunta diga «en ninguna circunstancia», dado que esta frase restringe las opciones militares que algunos consideran necesarias para lograr las metas de seguridad nacional. Quizá estos gobernantes se sientan menos inclinados a plantear excepciones que justifiquen el uso de armas nucleares, si la frase, en lugar de mencionar

«circunstancias» abstractas, centrara en las víctimas individuales y expresara que las consecuencias humanitarias de las armas nucleares no deben ser infligidas «a ningún ser humano».

Las bombas nucleares, cuya función esencial es exterminar a la población civil, están del otro lado de una línea que jamás debemos cruzar. Como transmite el vehemente alegato de Toda, no puede aceptarse que nadie imponga a otro ser humano consecuencias tan atroces contra su dignidad humana. Creo que este reconocimiento encierra la clave para trascender la idea de que las armas nucleares, en ciertos casos, pueden utilizarse para procurar objetivos de seguridad nacional.

En diversas ocasiones he instado a celebrar, el año entrante, una cumbre sobre la abolición nuclear en Hiroshima y Nagasaki, ya que el 2015 es el septuagésimo aniversario de los bombardeos atómicos sobre ambas ciudades. Opino que esta conferencia debería ser un encuentro de los pueblos del mundo, más allá de toda diferencia de nacionalidad o de filiación política, orientado al compromiso mancomunado de avanzar hacia un mundo sin armas nucleares.

Más concretamente, vislumbro una cumbre mundial de la juventud donde converjan representantes de los países firmantes de la Declaración Conjunta, organizaciones de la sociedad civil y, sobre todo, jóvenes de todos los países del mundo—incluso de las potencias nucleares— para adoptar una declaración donde se exprese el compromiso de dar por terminada la era de las armas nucleares. El significado más importante de una reunión de este tipo, coronada por una declaración resuelta, sería incentivar la adopción de medidas concretas.

Un acuerdo de no utilización de armas nucleares

A esto quisiera sumar dos propuestas concretas.

La primera se refiere a un acuerdo de no utilización de las armas nucleares. Si, como se prevé, la Conferencia de 2015 Encargada del Examen del TNP gira en torno a las atroces consecuencias humanitarias de las armas nucleares, en tal caso un pacto de renuncia al empleo de estos arsenales sería su corolario natural; al mismo tiempo, un instrumento así permitiría impulsar la aplicación del artículo VI del TNP, que compromete a los Estados poseedores de armas nucleares a instrumentar el desarme con espíritu de buena fe.

Desde que, en 1995, se acordó extender el TNP por tiempo indefinido, se ha planteado la firme necesidad de promulgar un acuerdo vinculante que brinde garantías de seguridad negativa a los Estados no poseedores de armas nucleares; es decir, garantías de que no serán atacados con este tipo de bombas. Una forma de responder a esta necesidad sería firmar un acuerdo de abstención, por el cual los Estados con tecnología bélica nuclear se comprometieran a no emplear estos dispositivos contra los países firmantes, como obligación derivada del espíritu esencial del TNP. Un convenio de esta naturaleza serviría para reducir enormemente la inestabilidad que afecta a diversas regiones del globo, asociada de manera directa a la existencia de armas nucleares. Asimismo, sería un paso fundamental para reducir la incidencia de las armas nucleares en las políticas de seguridad nacional.

El Documento Final de la Conferencia de las Partes de 2010 Encargada del Examen del TNP, tras enumerar las medidas que deberían adoptar los Estados con capacidad bélica nuclear, las exhorta a informar los progresos en la reunión del Comité Preparatorio de 2014, y hace notar que la Conferencia de 2015 «examinará las próximas medidas que han de adoptarse para aplicar plenamente lo dispuesto en el artículo VI y hará un balance de estas». ⁶³ Entre otras medidas, el documento insta a los países poseedores de armas nucleares a reducir la función de estos dispositivos en sus políticas de seguridad. Un acuerdo de no utilización de armas nucleares suscrito por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas representaría un paso sustancial en esta dirección.

La Cumbre del G8 correspondiente al año 2016 se celebrará en Japón. En forma paralela, podría convocarse a una cumbre ampliada para hacer realidad un mundo sin armas nucleares; este sería un espacio oportuno para anunciar el compromiso público de firmar, lo antes posible, un acuerdo como el propuesto.

En la cumbre de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) realizada dos años atrás, los líderes de los Estados participantes expresaron la opinión compartida de que «las circunstancias en las cuales podría llegar a contemplarse el uso de armas nucleares de cualquier índole son extremadamente remotas». ⁶⁴ Como muestra esto, la utilidad percibida de este armamento es cada vez menor.

Es hora de que los Estados poseedores de armas nucleares pongan en juego su voluntad política de cumplir las obligaciones vinculadas al régimen del TNP y expresen ese consentimiento en forma concreta, firmando un acuerdo de no utilización.

A fines de los años sesenta, el secretario de Defensa de Gran Bretaña, Denis Healey, analizó de esta manera la extendida doctrina de la disuasión que imperó durante la guerra fría: «Para disuadir a la Unión Soviética de atacarnos hacía falta solo un 5% de credibilidad en un contraataque norteamericano, mientras que para tranquilizar a los Estados europeos, se requería un 95% de credibilidad». ⁶⁵ Como sugieren estas palabras, uno de los principales factores que alimentaron el excesivo nivel actual de armamentismo fueron las políticas de los países que han entablado alianzas con las potencias nucleares buscando su órbita de protección.

La firma de un acuerdo de no utilización incrementaría el clima de seguridad física y psicológica en estas naciones y abriría camino a políticas de seguridad que no dependieran de las armas nucleares. Esto, a su vez, crearía las condiciones necesarias para reducir la incidencia de tales dispositivos. Las regiones del mundo que, hasta la fecha, no están cubiertas por zonas libres de armas nucleares, como Asia nororiental y el Oriente Medio, podrían aprovechar este pacto de renuncia para declararse «zonas desnuclearizadas», como paso previo a la eliminación regional plena de estas armas.

Japón, a pesar de mantener alianzas que lo sitúan bajo la órbita nuclear de Estados Unidos, ha firmado recientemente la Declaración Conjunta sobre las Consecuencias Humanitarias de las Armas Nucleares. Exhorto enfáticamente a Japón a redescubrir su motivación primordial, habiendo padecido la tragedia de dos ataques atómicos, y tomar junto a otros países la iniciativa de suscribir un acuerdo de no utilización, que conduzca finalmente a crear nuevas zonas libres de armas nucleares.

- ⁶⁴ ORGANIZACIÓN DEL TRATADO DEL ATLÁNTICO NORTE (OTAN): «Deterrence and Defence Posture Review» [Revisión de la postura sobre la defensa y el poder de disuasión], comunicado de prensa 063, 20 de mayo de 2012; obtenido en: http://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_87597.htm?mode=pressrelease. [Fecha de acceso: 7 de marzo de 2014].
- ⁶⁵ Véase HEALEY, Denis: *The Time of My Life* [La época en que viví], Londres: Michael Joseph, 1989, pág. 243.
- ⁶⁶ SOKA GAKKAI INTERNATIONAL (SGI): «Survey: International Survey by SGI Youth Shows 91% Consider Nuclear Weapons Inhumane» [Encuesta: Sondeo internacional por jóvenes e la SGI - El 91% considera inhumanas las armas nucleares], 2013; obtenido en: <http://www.peoplesdecade.org/decade/survey/2013/130424.html>. [Fecha de acceso: 7 de marzo de 2014].